



Desear, desobedecer. Lo que nos levanta



Fernando R. Contreras

(Universidad de Sevilla)

[fmedina@us.es]

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/IC.2020.i01.25>

E-ISSN: 2173-1071

IC - Revista Científica de Información y Comunicación
2020, 17, pp. 565 - 568

Georges Didi-Huberman (2020). *Desear, Desobedecer. Lo que nos levanta, 1.* Madrid, Editorial Abada.

Lo primero que me sorprendió de esta última traducción al español (de Juan Calatrava y Alessandra Vignoto) de la obra de Didi-Huberman es su profusa bibliografía que, pese a su volumen, el propio autor considera inconclusa: “Es, sin embargo, en relación con la temática, muy incompleta y ligada al movimiento, siempre un tanto imprevisible, de la investigación”. Estas referencias bibliográficas ya nos adelantan el ingente trabajo de reflexión sobre la gestualidad humana y objetual de la subversión: un tema sobre el que insiste nuestro autor en una gran parte de su obra. Para más constancia de esta afirmación, mencionaré “Sublevaciones”, una publicación que complementó una muestra en el MUNTREF Centro de Arte Contemporáneo en 2017 y que editó la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Tras esa extensa bibliografía el lector encontrará el rastro de un pensamiento centrado en la correspondencia entre la mirada, la memoria y el sentimiento de rebeldía, incluso

frente al poder que se oculta. La desobediencia se muestra como el deseo, una potencia que en el pueblo se puede abrir en cualquier momento en dirección hacia la libertad y la emancipación o contra la sumisión por cobardía o desesperación. La desobediencia comienza en un gesto. Didi-Huberman muestra un planteamiento meramente arqueológico, aprendido de Aby Warburg, mediante el que sigue las dimensiones humanas de las imágenes de gestos con un uso revolucionario. Su preocupación sobre los poderes en el campo político se cruza con “la inversión energética del *pathos* del dolor” que causa el aplastamiento de la vida y el levantamiento del pueblo. “Lo que nos levanta son nuestros deseos”, afirma el historiador. Para él, el tiempo histórico no puede fusionarse con el tiempo de la palabra, la historia y la imagen no pueden confundirse. Cuando los tiempos del devenir y de la gestualidad se acoplan, se olvida la esencia existencial, y perdemos lo que hay de real en nuestro tiempo. Las imaginaciones políticas (del “eros político”) corren el riesgo de acabar en el olvido de la comprensión de la existencia y solo centrarse en la representación de las ideas. La esperanza siempre implica un deseo permanente, indestructible que arrastra al hombre por la historia. Pero este es un espacio interior de eternidad presente en la existencia del hombre que finalmente termina concediendo favores a una ideología concreta. Sin embargo, cuando la opresión social no deja “ningún lugar a donde huir y desde donde enfrentarse a él”, la multitud del nosotros inventa lo común, la autonomía y el autogobierno. Iluminan estas palabras tuyas los reflejos políticos de Michael Hardt y Antonio Negri, cuando además el autor agrega que es una lucha por el control de la autonomía de la producción de subjetividad. En esta cuestión no hay penumbras en el pensamiento de Didi-Huberman frente a los discursos eternos de libertad; la poética de la gestualidad no solo deja huellas (*Leitfossilien*) por la larga duración de su supervivencia, sino que descubre aquello que de otro modo no sería revelado. El mensaje del poeta puede llegar más lejos, afirma el autor. No se trata solo de desobediencia de un solo sujeto, es ineludible que la voz de la insumisión alcance otros espacios públicos. Lo urgente para la sublevación es perder el miedo. Y para combatir el recelo nos recuerda la fuerza simbólica de las consignas que transportan (las imágenes de) los panfletos volando (“el mensaje de las mariposas”): “Las palabras vuelan y los escritos destinados desde el principio a volar...Como expresa muy bien la lengua alemana en la que la palabra *tract* se traduce como *Fluchtblatt*, es decir, hoja volante” (p. 156). Las palabras voladoras que llevan lejos las consignas de la revolución fluyen junto a los afectos (la opresión, la ira, la renuncia, la resistencia, la oposición, la represión). El levantamiento siempre surge de palabras vinculadas al dolor y a la discordia de los hechos injustos, de las circunstancias intolerables. Cuando se unen en

una ola, en una composición de fuerzas, explota la “tempestad insurreccional” que solo puede propagarse a través de la reproducción de textos e imágenes (aquello que llamó Aby Warburg “*Geistespolitik* o política del espíritu”).

Son todas ideas que Didi-Huberman recoge en las páginas de esta interesante edición. En ellas revisita numerosas cuestiones que ha ido tratando en sus anteriores estudios y en los que insiste, encontrando aún mayor definición: una fenomenología política de la imagen, la experiencia del tiempo en la visualidad a través de Walter Benjamin y Gilles Deleuze, el vehículo de las emociones en la gestualidad (las fórmulas de *pathos*), la actividad de la revolución simbólica en la creación de otras revoluciones sociales e históricas, la dialéctica de las imágenes presente en la obra de Aby Warburg o la crítica materialista al historicismo: “Los vencedores forman el sujeto del conocimiento histórico tradicional, el que desgrana los grandes nombres sobre el rosario como la que Benjamin reclama tendría como tarea el reconocer que el sujeto del conocimiento histórico es la clase combatiente, la clase oprimida misma: la de las multitudes demasiado a menudo anónimas, las de los peligros entre los que se desarrollan, de manera diferente en cada ocasión, las luchas de clases” (p. 273).

En esta dirección se hace especialmente interesante sus reflexiones finales sobre la emancipación política, una cuestión que le llega desde los planteamientos de Judith Butler, Ernesto Laclau o Slavoj Žižek y que conecta, a nuestro juicio, con el actual debate sobre el activismo contemporáneo y los movimientos sociales. Consiste en la alteración que experimenta nuestra intimidad por una resubjetivación que la hace redescubrirse y hace de ello un “vínculo social”, que genera finalmente lo que Didi-Huberman considera un deseo político. La resubjetivación en un orden ético o un orden de deseo, insinúa nuestro autor, conducirá a una actuación de manera concertada de la militancia. Por tanto, el retorno subversivo solo puede llegar de la conquista de la subjetividad, tan olvidada en una cultura centrada en la percepción empírica de su entorno y en la necesidad de la cuantificación científica de cualquier fenómeno humano. Nada se hace ni en historia, ni en política sin una sucesión de subjetivaciones; ello lo infiere de Michel de Certeau: “Se dio cuenta, igualmente, de que una resubjetivación equivale muy a menudo a un levantamiento del sujeto. Entonces este deviene, se crea a sí mismo por sí mismo y, haciendo eso, deviene otro” (p. 405). Ese otro que dibuja Didi-Huberman representa la fuerza de la rebeldía de la multitud o de las masas, en palabras de Canetti. Entre la resubjetivación y la recuperación de un pasado arrasado (que él rastrea en los sedimentos de las grandes obras del pensamiento), termina este libro exhortándonos a una invitación que titula “revolver en las cenizas, sacar de ellas algunas brasas”. Excavar

en las cenizas de la psique y en las cenizas de la materia para encontrar la superficie de la historia, acopiadas y consideradas en la lengua. Para hacer historia y política, es imperioso buscar en las cenizas, una labor que se nos presenta como “una creación de fuerza desobediente”.